

Mujeres, un canto a la libertad

Rubén Rojas.

Capítulo 1.-

Un curioso aviso de trabajo

Tránsito Antonia Gaete Palominos, empleada doméstica puertas adentro del sector alto de la ciudad, anda en busca de arriendo de dos nietos postizos durante las dos primeras semanas de febrero para la adinerada familia Larraín Undurraga. No deben ser parados de cola; eso sí honrados, respetuosos, y obedientes.

Así declaraba el curioso aviso que con pésima caligrafía había redactado Tránsito Antonia, ubicándolo en la única ventana de su desmejorada casa, la última semana de enero del año 1972. Lo hizo por expresa instrucción de sus patrones octogenarios y millonarios, don Diego Larraín García y su esposa Trinidad del Pilar Undurraga Echaurren.

Fue la abuela Marujita Gómez, alma generosa con los más desamparados, la primera que descubrió —era que no— el aviso donde solicitaban a dos nietos postizos, casi al frente de su humilde morada. Los vecinos de la toma de terrenos la conocían popularmente como la “Abuelita Bisagra”, porque si no se encontraba figoneando en la puerta, lo realizaba desde la ventana, desde la salida del sol hasta altas horas de la noche.

Tanto afán empleaba en este trabajo de faro de la toma, que no pocas veces sus sopitas de huesos, y agüitas de hierbas se enfriaron, por el solo deseo de conocer antes que nadie las novedades que se generaban en el campamento de los sin casas.

Nada ni nadie escapaba a su mirada escrutadora. Antes de que la curiosidad matara al gato, ella, la mismita Marujita Gómez en persona, estaba delectando lupa en mano, aquel misterioso y original mensaje garabateado a lápiz pasta, instalado por la presuntuosa Tránsito Antonia, en un montón de tablas de demolición, que ambicionaba ser un hogar.

Después de descifrarlo tres veces seguidas y, cuando logró estar segura de su real contenido, discurrió que los más indicados para desempeñarse en esos puestos de trabajo —para aquellos mandamases millonarios que compran todo lo que quieren y ahora nietos, dónde vamos a llegar— eran aquellos fleteros

predilectos que le cooperaban en el traslado de frutas y hortalizas desde la feria a su domicilio: el José Miguel y el Gustavo.

Como el tiempo apremiaba, ni siquiera cambió sus ropas de ajeteo diario, por otras más decentes. Tampoco se echó una pintadita a la ligera, ella que era tan dependiente del que dirán de los demás, para salir presurosa a su encuentro. No fuera que otros vecinos más listos leyeran el anuncio, y se les adelantaran exhibiendo hijos con mejores cualidades para trabajar de nietos postizos o a consignación, arrebatándoles el empleo a sus transportistas preferidos.

Como era costumbre en ellos, los encontró encaramados arriba de un inseguro techo de zinc, avistando con la boca abierta los aviones que frecuentaban el vasto cielo. Sin decir agua va, los conminó a bajarse a peñascazo limpio, porque no había tiempo para perder. Sin ni quisiera saludarlos, menos preguntarles nada, los zambulló en el pilón comunitario —sin misericordia alguna— para lavarles semblante y cuerpo, aprovechando de paso, eliminarles el cerumen de las orejas. Luego, se los llevó a la casa de la Tránsito Antonia.

La asesora del hogar de la pareja millonaria, observando a estos dos modelitos estilando como diucas, no sé sabe por qué extraña razón le simpatizaron de inmediato.

Murmuró en voz alta:

—A estos niños, les enseño modales en lo que resta de la semana, los visto igualito a aquellos que juegan alrededor de la mansión de mis patrones, los mocho adecuadamente y, por último, los educo en el arte de obedecer instrucciones, para que agraden a mis empleadores, y así se puedan desempeñar a la perfección en este oficio tan raro que les tocará ejercer.

Para asegurarse mejor de su elección, de un manotazo subió a la mesa de su comedor a los dos postulantes:

—Tú, ¿cómo te llamas? —interrogó Tránsito Antonia.

—José Miguel Quintupray Huenchumilla, señora —atinó a decir.

—No soy señora, sino señorita a toda honra, y la come pan con queso te queda ahí mismo. Desde este mismísimo instante paso a ser tu jefa. Por lo tanto, deberás obedecerme en todo, y quizás bajo mi mando, puedas eliminar tu olorcito, ¿Entendiste José Miguelito? —terminó.

—Sí. —dijo con notoria dificultad José Miguel, con la cabeza baja—. No comprendiendo mucho eso del olor. Discurriendo mentalmente para él, se dijo:

— Sí, es verdad, no lo voy a negar. Generalmente ando por la vida con olores a pie, a axilas y a otras cosas que no quiero nombrar porque me da vergüenza. Sobre todo, cuando me da la flojera de ducharme, que es bien seguido. Me sucede más en invierno, porque como carecemos de ducha con agua caliente, al bañarme por presas, quedo congelado igual que pollo puesto en el freezer.

—¿Y el otro pastelito, como se denomina? —volvió a la carga la asesora.

—Me llamo Gustavo Orlando González Farías, jefecita —contestó seguro, solo lo hizo para congraciarse con ella.

—Excelente, así me encanta que me llamen. Ahora, diríjense donde sus mamitas para que ellas los autoricen a trabajar a tiempo completo, las dos primeras semanas de febrero, para cumplir una única función: ser unos perfectos nietecitos postizos, concluyó la mujer.

Los futuros trabajadores se observaron desconcertados, no comprendiendo en su totalidad lo expresado por la señorita Tránsito Antonia.

—Mejor yo los acompaño doña —intervino Marujita—. Porque a mí se me ocurrió conseguirle estos nietecitos y también porque conozco a sus mamitas.

Marujita aplicó toda su energía y verborrea para dejarles lo más claro posible a las progenitoras, en qué consistiría el trabajo de sus hijos. A pesar de que ellas realizaron tremendos esfuerzos por entender; la verdad sea dicha, no comprendieron el mensaje en su totalidad. A pesar de lo extraño de la historia que les contó Marujita, concluyeron que lo mejor para ella y para todos, era que ellos trabajaran esas dos semanas de febrero, antes de verlos causando destrozos en sus propias casas y en las del vecindario.

—Y vecinita, es más sano para todas nosotras, que estén ocupados en lo que sea, aunque hoy les toca hacer este trabajo raro, y quién sabe si con este oficio tan extraño, a lo mejor con el dinero obtenido, adquieren sus propias cositas que tanta falta le hacen —argumentó sabiamente la mamá de Gustavo.

—Cierta amiga mía. Aunque nosotros nos empeñemos en obtenerlas, la verdad, no podemos. Usted sabe que con notoria dificultad logramos entibiar la olla en lo que queda de la semana —dijo avergonzada la madre de José Miguel.

—Abuelita Bisagra, perdón, perdón abuelita Marujita. ¿Y cuánto es el sueldo, si se puede saber? —susurró entre labios, la progenitora de José Miguel.

—No tengo ni la más mínima idea. Pero usted sabe muy bien, que en los tiempos que corren cualquier dinero es bien recibido —respondió la abuelita, haciéndose como la que no escuchó su sobrenombre.

Luego contrarrestó de lo más digna, sin que se notara su indignación:

—Sobre todo, cuando algunos maridos de esta gloriosa vecindad que cuando trabajan, rara vez por lo demás, la despilfarran completa en el clandestino de licores y brebajes varios que administra el famoso Yoni Guoker.

—Ya, terminen, por favor —intervino José Miguel

—Abuelita Marujita. ¿Y ahora, que tenemos que hacer? —dijo de lo más condescendiente la progenitora de Gustavo.

—Por el momento, nada más. Ahora mismo me voy donde la Tránsito Antonia y con mucho gusto le informo que ustedes están de acuerdo con que sus hijos trabajen para esa familia millonaria. Además, que esperamos apercibidas las atentas instrucciones de ella, para que sus preciosos hijitos logren hacerse de

sus propios pesitos —respondió la abuelita—. Hasta cuando nos veamos, o si no, nos vemos en el oculista —se despidió la abuelita Marujita, riéndose de su propio chiste.

Tal como lo había prometido, Tránsito Antonia llevó a los mozalbetes a la mejor peluquería que encontró en el barrio, para desmocharlos como corresponde a alguien que se va a codear con gente de la alta sociedad. Así mismo, se otorgó todo el tiempo necesario para revisar concienzudamente las cabecitas de los futuros trabajadores; no fuera que, de repente, y sin razón alguna, volaran piojos y liendres clandestinas, directo a las delicadas testas de sus ancianos patrones. Por último, utilizó sus escasos recursos económicos para vestirlos a la altura del desafío, no escatimando gastos.

“Todo sea para conseguir el amor del esquivo jardinero de la casa patronal”, se lamentó. En seguida, los perfumó profusamente como si estuviesen pasados a caca y a orín. Nuevamente los volvió a examinar atentamente de pies a cabeza, no fuera que, por no seleccionar bien a los futuros nietos, ella quedara desempleada por culpa de estos fleteros. Queriendo asegurarse aún más, de que estos llevadores de frutas y hortalizas no cometieran desaguisado alguno, procedió a realizarles un proceso de “inducción laboral”, términos nuevos, que había oído en la cena anual que concedió su empleador a sus gerentes y ejecutivos de confianza. Luego se dirigió al cajón de su velador para ir en busca de un cuaderno de matemáticas. En el redactó con dificultad, las diecinueve instrucciones que deberían cumplir los nietos alquilados:

Caminar erguidos.

No deben masticar chicle frente a sus patrones, ni otra persona pudiente. Nota: pudiente, significa acaudalado o pariente de ellos.

Está prohibido estrictamente pronunciar palabrotas.

Deben acatar mis instrucciones y ejecutarlas en el menor tiempo posible.

No deben andar con mocos asomados, menos con el cierre del pantalón abajo.

Los zapatos deben estar lustrados y brillantes.

Deben estar en todo momento atentos a las necesidades de sus empleadores y jefes.

No deben responder de manera irrespetuosa cuando un superior los llame al orden, sino que, por el contrario, deben agradecer la amonestación.

Deben andar con la camisa o la polera dentro del pantalón.

No deben hablar con la boca llena.

Deben ocupar los cubiertos para almorzar o cenar, en el orden asignado.

Deben comerse toda la comida muy agradecidos, esperando eso sí, que primero se sirvan los mayores.

Las servilletas de género no se utilizan para limpiarse los mocos, tampoco para voltear moscas, y menos para hacer barquitos.

Dar siempre gracias en todo.

Estar siempre con buen ánimo.

Tener cuidado con sus desplazamientos, para no romper mobiliario, menaje y todo lo perteneciente a mis patrones.

No andar paveando porque sí.

Encontrarse siempre ocupados.

Ser ciego, mudo y sordo con lo que suceda en la casa.

“Por ahora basta. Mucho conocimiento otorgado en poco tiempo entontece hasta al más diligente”, acotó para sí, Tránsito Antonia. Agregando: —Muy bien, encuentro ahora que estos vecinitos míos, están preparados para desempeñarse en la residencia de mis jefes.

Finalmente, les advirtió con voz de mando, pero con extrema amabilidad:

—No se olviden nunca que yo seré su jefa, y la persona que los validó, y les allegó este trabajito. Por favor chiquillos no me dejen mal, porque ustedes deben saber que existen otras parejas adineradas, tan aburridas y solitarias como los míos. Ellos quizás, quieran imitar a los míos y quieran también hacerse de un par de nietos postizos o a consignación, y yo gustosa, los pueda recomendar a ustedes.

—No se preocupe, señorita Tránsito Antonia, la dejaremos como una reina —expresó Gustavo.

—Muchas gracias por esta tremenda oportunidad de trabajo. —dijo seguro, José Miguel.

—Yo, por mi parte señorita Tránsito Antonia, me esforzaré al máximo para agradarla. Porque usted y nadie más que usted, nos proporcionó esta oportunidad de este trabajo, y desde luego a sus queridos patroncitos —concluyó zalamero Gustavo.

El domingo antes de iniciar sus labores, los niños durmieron con dientes apretados y estómagos tensos. Mientras que a la abuelita Marujita le costó conciliar sueño, imaginando que, en agradecimiento por su gestión, estos buenos para catear pájaros mecanizados iban a traspasarle unos pesitos para el club de adultos mayores que presidía.

Por otro lado, la mamá de José Miguel rogaba que su hijo adquiriera los útiles escolares que exigía el colegio, y que no dilapidara lo ganado en tonterías, o con esos amigos que nunca faltan, que lo único que quieren es dejarlo sin ni uno.

Esa noche Tránsito Antonia cerró ojos confiadamente, despreocupada, porque con la inducción laboral que les había brindado, no perdería su trabajo, y podría continuar viendo todos los días a su amado jardinero, que no despegaba sus ojos de las lavandas, las rosas, los tulipanes, jacintos, orejas de osos, cardenales, petunias, hortensias y verbenas, y no los fijaba en los de ella, que estaría de lo más dispuesta dejarse ralear enterita y completita por él.

La mamá de Gustavo práctica y asertiva como era instaló pesados cerrojos en las puertas de sus ojos, contenta por la gran oportunidad ofrecida a su hijo, despidiéndolo con una bendición:

—Que el de Arriba bendiga por siempre a mi Gustavo y a su amigo y también a la abuelita Biza... perdón, Marujita y a la buena de la Tránsito Antonia.